



Crónica de una jícara rota

JANIL UC TUN



<https://doi.org/10.32621/acotaciones.2017.39.14>

ISSN 2444-3948

Personajes
AMÉRICA
ESTATUA
CAMPESINO

NOTAS

1. Este texto puede ser tratado como un monólogo.
2. El personaje de América puede ser interpretado por una o más actrices.
3. El personaje de la Estatua y el Campesino pueden ser interpretados por el mismo actor.

Agradezco al poeta maya Pedro Uc Be la revisión de los textos en maya, así como a Salomé Ricalde, Laura Zubieta, René Ávila e Ivi May, quienes en el proceso de montaje de esta obra la reescribieron en la escena.

Dispuestos en el espacio, trece jícaras y calabazos están colgados en el techo por cuerdas de sosquil. Sobre la tierra una mujer está cubierta de hojas de guano, asoma la cabeza sigilosamente hasta erguir la mitad del cuerpo y tener una posición más o menos cómoda. En el fondo y a la derecha una estatua parada sobre un banquillo, de espaldas.

AMÉRICA.— Ma' wa'alike'ex ti' mix máak, ba'ale' tene' in na'en¹.

No se lo digan a nadie, pero soy mi madre.

No nací de la jícara como mi madre o mi abuela, pero siempre la tuve muy de cerca.

Mi jícara no fue bien lavada y así me la dieron, tal vez por eso no hablo como hablaban los de mi pueblo.

Aquí todos saben que mi jícara no fue bien lavada, porque la jícara que no se lava bien siempre deja en la boca un olor desagradable y ni por más que la ponga al sol o la rellene de cal, ésta seguirá dejando ese mal olor en los labios de quien beba el agua que lleva adentro.

Así es como saben que yo no nací hablando la lengua de mi madre.

Pero también se sabe de otra forma.

Yo no tengo las manos amarillas ni ásperas como la roca porque nunca molieron maíz tierno.

Se para por completo y toca las jícaras.

Nunca sentí la alegría que siente mi madre cuando su tortilla le sale redonda como el comal que la calienta.

Yo sé que ustedes tampoco.

Aquí se acostumbra poner las tortillas en un leek para mantener su calor.

No sé cómo se dice leek en esta lengua, creo que no hay manera de decirlo. Así se lo escuché a mi madre, así se lo escuché a mi abuela y así le lo diré a ustedes.

Antes de hacer las tortillas, el maíz pasa por un proceso de lavado y cocido para que no huela ni sepan mal. Si eso pasa, se le dice ch'é'ente' en la lengua de mi madre.

Después de lavar el maíz lo demás se tira, es como la espuma y por eso se tira. Así somos los que no hablamos la lengua de nuestra madre, somos el agua que queda después de lavar el maíz con la cal.

Mi leek está vacío. Está vacío porque no puedo llenarla de tortillas.

Porque cada uno debe llenar su leek con las tortillas que tortea.
Yo no tengo tortillas y tengo hambre.
Sé que ustedes también tienen hambre.

Pausa.

Este pueblo era una gran extensión de bosques y ciénegas. Aquí los animales no temían a los hombres. Eso era antes de que todos salieran corriendo por la ventana, antes de que los techos de guano fueran reclamados por el fuego.

La estatua comienza a despezarse, se coloca ahora de frente al público. Ella al percibirlo se tira al piso y se cubre con los guanos. Asoma la cabeza.

Mika'aj in tsikbat te'ex ba'ale' ma' a wa'alike'ex ti' mix máak, talam le k'iino'ob bejla'a'².

Estos son tiempos en los que cuando hablamos muy fuerte nos llevan a la ciudad y de ahí ya nadie regresa, por eso tengan cuidado cuando lo comenten.

La estatua se acerca a las jícarras y de un tajo corta algunas de las cuerdas que las sostienen.

Un día las jícarras se cayeron al piso y derramaron el pozole sobre la tierra.

Fue cuando vino el hombre de dientes de oro y habló con mi abuelo que era el encargado de los asuntos jurídicos del pueblo.

ESTATUA.— A partir del día de hoy este pueblo tendrá un color distinto, tendrá el color de la modernidad. Ya se pueden ir apagando las velas porque la modernidad ha llegado para quedarse.

AMÉRICA.— «Ba'ax ka kaxtik woye' nojoch máak, suunen ta paach tu'ux taalech³.

La Estatua regresa a su posición inicial.

Todavía recuerdo cuando las carreteras llegaron y las bicicletas eran aparatos muy extraños para nosotros. También llegaron gallinas y cerdos. Escuelas, canchas, bibliotecas.

La costumbre derruyó este pueblo a pedazos. La alta fascinación por el hombre de dientes de oro le costó la vida a los que antes aquí habitaban.

Las escuelas enseñaron a los niños otro idioma, por eso ustedes y yo hablamos así.

Los sombreros se descocieron y no supimos volver a cocerlos. Solo los viejos sabían cómo hacerlos.

El hombre de dientes de oro invitó a gente de pueblos aledaños a vivir en nuestras tierras. Muchos trajeron sus maletas. Por eso muchos de ustedes no recuerdan cómo era aquí antes.

Las primicias dejaron de darse para pedir la lluvia. En poco tiempo había tanta gente nueva que la lengua de nuestros padres dejó de hablarse. Ahora si queríamos decir algo tenía que ser en una lengua que no hablábamos.

Pasaron los años. El hombre de dientes de oro salió al balcón de su casa de concreto y dio sus palabras definitivas.

ESTATUA.— Mi tiempo en este pueblo se ha acabado. Pronto tendré que partir y conmigo vendrán también las cabrerías de la electricidad, las antenas de televisión y los maestros de escuela.

AMÉRICA.— El pueblo acordó mandarme a convencer al hombre de dientes de oro para que se quede: «América, xeen a k'áat ti' le nojoch máak ba'ax unaj k beetik utial ka p'áatak woye', k'abéet to'on u sáasil. Ma taak k t'abik k kiib tu ka'téeni^{4'}». Yo era la única de los del pueblo que podía decir algunas palabras en su lengua.

ESTATUA.— Me voy a quedar siempre y cuando la asamblea acepte poner un pequeño ducto de gas bajo la tierra. Ni siquiera lo notarán.

Pausa.

AMÉRICA.— Le erigimos una estatua. La luz eléctrica se mantuvo y no daba mayor abasto que a cuatro farolas que alumbraban lo que alguna vez fue un árbol importante para este pueblo. Árbol que tuvieron que atravesar con un tubo de 4 metros de diámetro y que fue muriendo poco a poco, hasta que sus raíces se quebraron y usaron su madera para encender un fogón que en poco tiempo se consumiría.

Mi abuelo murió el día que cortaron ese árbol. Las milpas no tardaron mucho en morir también. Era como si aquella hoguera en la que cocinaron los últimos pavos de monte que he visto hubiera calcinado el cielo y éste, ya infértil, dejara de mandarnos agua.

Los báalamo'ob lo dijeron con anticipación, pero no les hicimos caso. Y no los escuchamos porque rápidamente se hicieron pozos profundos para regar las milpas.

Pero pronto los báalamo'ob hablaron de nuevo y otra vez no los escuchamos. No pasó mucho tiempo en que los señores encontraron petróleo en tierras cercanas. Muchos hombres y mujeres hicieron fajinas para sacarlo de la tierra, tierra que se contaminó y que contagió al agua. Entonces el agua venía diferente, venía café y provocaba erupciones en el cuerpo. Así que tuvimos que hacer pozos más profundos.

Los pocos niños que sobrevivieron no conocimos el pueblo como era antes, no aprendimos la lengua de nuestros ancestros, por eso nos dicen que tenemos la jícara o el calabazo mal lavado. Esos niños mal lavados somos nosotros.

Se acuesta como en la posición inicial. Breve oscuro. Pájaros.

2

Una mujer se levanta.

AMÉRICA.— Le sóoskilo' tu tséentaj uya'abil ichilo'on⁵. El sosquil nos dio sudor, sangre y comida. El sosquil me trajo a América con sangre.

Ma' a wa'alike'ex ti' mix máak, ba'ale' tene' in chiichen.⁶

No se lo digan a nadie, pero soy mi abuela.

No tengo mucho tiempo, ni ganas de contar el dolor. Así que no se lo cuenten a nadie, guarden este saber para la gente que pueda hacer algo con ello. Yo ya estoy vieja y las viejas solo sirven para hablar.

Sé que tal vez no lo entiendan porque son pequeños, pero nunca dejen de ver a los pájaros.

Pausa.

Yo vivía en una casa grande, muy grande. (*Levanta las manos como si estuviera abrazando un árbol y se corta con las sogas de sosquil.*) En esa casa había mucha tierra para trabajarla. (*Baja las manos como queriendo acariciar la tierra, pero se vuelve a cortar.*)

Recoger las pencas de henequén que mi padre olvidaba en el camino era mi trabajo.

Mi padre no conoció más allá de esos muros y no conoció tierra diferente a la de esos cientos de mecates. Su padre tampoco.

Yo nací en noche de eclipse. Es señal de cambio decía mi abuela. Pero no lograba ver el cambio. Mi abuela fue violada por el patrón de

la hacienda, mi madre fue violada por el patrón de la hacienda. Yo fui violada por el patrón de la hacienda.

El sosquil lo llevamos amarrado a la sangre. Amarrado a las manos, a los pies, en el cuello. Nadie se puede escapar de tan altos muros con tantas sogas amarradas al cuerpo.

Pausa.

El patrón vuelve del extranjero. No tuvo buenos negocios y está aventando cosas. Estoy agachada en una esquina del establo. Tengo miedo. Tengo miedo que vea que me ha dejado embarazada. No estoy en un buen lugar. Aquí va a encontrarme. Me llama por mi nombre.

ESTATUA.— América.

AMÉRICA.— Lo hace más fuerte.

ESTATUA.— AMÉRICA. ¿DÓNDE ESTÁS?

AMÉRICA.— Ya no puedo ocultarme.

Breve oscuro. La Estatua encuentra a América. Está justo detrás de ella y la somete con su cinturón. América saca una ocarina y empieza a soplarlo. El tiempo se suspende. Breve oscuro. La estatua regresa a su posición.

No estoy muerta, pero me desangro. El hombre que está a un lado de mí está dormido y tiene la sangre de mi vagina en su pene. Está tan ebrio que no se despertará en varias horas.

Apenas me puedo levantar y tengo tanta rabia contenida. Tomo la primera piedra que encuentro y se la encajeto en la cara. Una, dos, tres veces. Ya no tiene rostro.

Corro. Corro hasta los muros de mi prisión. Me trepo y subo, subo, subo. Me caigo. Me levanto y sigo corriendo. El niño o niña está por venir. No sé si estará vivo o muerto. Sigo corriendo. De algún modo me la he pasado corriendo toda mi vida. Nunca pensé que eso me llevara a alguna parte.

En una milpa doy a luz. Está viva. Es hembra como yo. No es un hecho alegre. A lo lejos distingo una sombra.

CAMPESINO.— «Ba'ax ka kaxtik woje' ko'olel, tu'ux púuts'ech».⁷

Es un hombre viejo y arrugado como la misma tierra. Viene cargando un mecapal, envuelve a América en su paliacate y la pone dentro. Me ayuda a levantarme y me ayuda a caminar. Me deja beber de su calabazo. Seguimos caminando. Nadie dice nada, solo caminamos bajo

el sol. Llegamos a su casa cuando entraba la noche. Me da de comer y alimento con mi pecho seco a América.

La familia del patrón no tardó mucho en darse cuenta que yacía muerto sobre el heno. Vinieron a buscarme.

Disparos de escopeta.

La noche se hizo más profunda y silenciosa. Nadie durmió esa noche.

El campesino me pide cavar un hueco grande al fondo de la milpa y que me fuera por la mañana. Así lo hice.

No tengo a dónde ir. No puedo estar en un lugar fijo por mucho tiempo. Tengo miedo y América lo sabe. Lo veo en su mirada.

Mi abuela me contaba historias de su pueblo, de donde se robaron a su madre y la trajeron a la hacienda en la que murió contando historias.

Me dirijo a ese lugar, no sé si aún existe. Quiero volver a ver a los pájaros que miraba mi abuela, esos pájaros azules que solo se dan en temporadas.

América crece escuchando las historias de mi abuela. Historias de su pueblo donde hay más animales que hombres y no hay estatuas ni hambre. Esto que les cuento es la historia de su origen y del camino que ha recorrido su piel. Espero que las recuerde cuando deje de correr.

Corro, corro y corro más rápido. Varios hombres me persiguen con escopetas. Hay hogueras cerca, puedo oler el ramón crujir. Corrí hacia el humo. Corrí con América sujetada a mi mano. Corrí y corrí. Corrí y me canse y me caí y me levante. Corrí y corrí. (*Se escucha un disparo de escopeta y cae muerta sobre las hojas de guano.*)

Breve oscuro. Se escuchan ruidos de máquinas trabajando.

3

Una mujer que está enterrada bajo las hojas de guano asoma la cabeza y mira a los lados. Lentamente se levanta hasta ponerse de cuclillas.

AMÉRICA.— Ma' a wa'álike'ex ti' mix máak, ba'ale' tene' in na'en.⁸

Coméntenlo en voz baja, pero soy mi madre.

Tomo el nombre de mi madre porque ella ya no puede nombrarse. Me puso América porque así le puso su madre que se llamaba de la misma manera.

Mi nombre es la sangre derramada de mi madre, por eso me hago llamar así 30 años después de su muerte. Mi madre no llegó a ver más que las entradas de este pueblo, estuvo muy cerca de conocerlo antes de que le entrara comején a sus horcones.

Se escuchan ruidos metálicos de máquinas demoliendo.

Escogí reunirnos bajo lo que antes fue un árbol importante para este pueblo. Antes de que dejara de dar sombra.

Bajo la sombra de este árbol que no queda más que imaginarlo, sus padres jugaban la kimbomba.

Bajo este árbol sus madres mostraban sus hamacas y sus tejidos.

Bajo las hojas de este árbol se hablaba con los vientos.

Ya solo quedan sus raíces que se abrazaron a la tierra, que se abrazaron a los ductos de gas que nos quitaron a nuestros padres.

Pausa.

Fue en la explosión. Ustedes no recuerdan porque son muy pequeños. Pero yo se los he contado antes. Sé que duele recordarlo.

Los ruidos de las máquinas se hacen más fuertes hasta que hacen que la mujer vuelva a ocultarse.

4

Una mujer habla en voz baja hasta que lentamente va alcanzando el volumen normal del habla.

AMÉRICA.— Ma' a wa'alike'ex ti' mix máak, ba'ale' teen u jach' ch'ija'anil le kaaja'.⁹

No se lo digan a nadie, pero soy la más vieja de este pueblo.

No lo comenten mucho porque pronto vendrán por mí y luego por ustedes.

Ya no el hombre de dientes de oro que nos rocía de peste desde su estatua. Él ha muerto desde hace mucho, pero aún tiene una descendencia muy larga. Fruto podrido de sus violaciones. El hombre de dientes de oro es el hacendado de mi madre y es el gigante de nuestros padres, es la pesadilla de sus hijos.

Aquí es donde debe iniciar de nuevo la historia. En silencio y desde las cenizas de donde los nuestros murieron.

No se lo digan a nadie, pero somos nuestros padres. En sus caras veo a los maestros que me enseñaron. A los que en un principio dijeron que mi jícara estaba mal lavada. Esos que me adoptaron cuando estaba recién nacida. Esos que sin darse cuenta olvidaron cómo lavar las jícaras y calabazos de este pueblo.

Esta noche esa estatua del hombre de dientes de oro dejará de aterrarnos nuestros sueños. Hoy esas máquinas se derretirán y se fundirán junto con los hombres que las manejan. Hoy los que saldrán por las ventanas escapando de los techos de guano encendido no seremos nosotros, hoy andaremos por las calles nuevamente y veremos a los pájaros regar sobre los cielos las semillas que hayan salvado, los veremos cagarse sobre las minas de explotación que a tantos de los nuestros se ha llevado. Y sobre esas minas crecerá nuestra gran milpa, la gran milpa de nuestros abuelos.

Se escuchan pasos.

Tomen sus velas y escóndase que nos están buscando. A la señal las encendemos y esta historia empezará a contarse diferente.

Breve oscuro. Ruido de pasos.

No tengan miedo y corran. Corran a sus lugares y tomen sus velas. Vayan a las grietas de los tubos.

De las cenizas que quedan del pueblo se levanta América. Se escuchan sonidos de pájaros. Mira hacia los lados y se levanta lentamente.

Ma' a wa'alike'ex ti' mix máak, ba'ale' tene' in na'en.¹⁰

No lo comenten mucho, pero soy mi madre.

No se lo digan a nadie, pero somos libres.

Oscuro.

NOTAS

¹ No se lo digan a nadie, pero soy mi madre.

² Les voy a contar, pero no le digan a nadie, estos son tiempos difíciles.

³ ¿Qué buscas aquí, gran señor?, regrésate por donde viniste.

⁴ América, ve a preguntarle al gran señor qué es lo que necesitamos hacer para que se quede, necesitamos la luz. No queremos usar velas otra vez.

⁵ El sosquil nos dio de comer a muchos de nosotros.

⁶ No se lo digan a nadie, pero soy mi abuela.

⁷ ¿Qué buscas aquí señora?, ¿De dónde te escapaste?

⁸ No se lo digan a nadie, pero soy mi madre.

⁹ No se lo digan a nadie, pero soy la más vieja de este pueblo.

¹⁰ No se lo digan a nadie, pero soy mi madre.

Copyright: © 2018. Este es un artículo abierto distribuido bajo los términos de una licencia de uso y distribución Creative Commons 4.0 Internacional (CC BY 4.0)